

CUENTOS
DEL

PAJARITO REMENDADO



LA FAMILIA DELASOGA

GRACIELA MONTES



EDICIONES COLIHUE

La familia Delasoga era muy unida. O, por lo menos, muy atada.

Juan Delasoga y María Delasoga se habían atado un día de primavera con una soguita blanca, larga, flexible, elástica y resistente. Y desde ese día no se habían vuelto a separar.

Lo mismo había pasado con Juancho y con Marita, los hijos de Juan y María. En cuanto nacieron, los ataron. Con toda suavidad, pero con nudos.

No es tan difícil de entender si uno lo piensa.

Marita, por ejemplo, estaba atada a su mamá, a su papá y a su hermano: en total, tres soguitas blancas anudadas a la cintura.

Y lo mismo pasaba con Juancho. Y con Juan. Y con María.



Claro que no era fácil acomodar tanta sogá; había peligro de galletas, de sacudidas, de tropezones. Pero con el tiempo se habían ido acostumbrando a moverse siempre con prudencia y a no alejarse nunca demasiado.

Por ejemplo, cuando se sentaban a la mesa era más o menos así



Y cuando se acostaban a dormir.

Y cuando salían a pasear los domingos por la mañana.

Los Delasoga eran expertos en ataduras. La sogá con que se ataban no era una sogá así nomás, de morondanga; era una espléndida sogá, elástica y extensible.

Así que cuando Juancho y Marita iban a la escuela, que quedaba a la vuelta, María podía quedarse en su casa haciendo la comida, casi como si tal cosa, salvo que la cintura le molestaba un poco porque la soguita estaba tensa... y tiraba.

Lo mismo pasaba cuando Juan iba al taller que, por suerte, quedaba al lado. A la hora de la leche no era raro ver a María, a Marita y a Juancho mirando la televisión mientras tres sogas los tironeaban un poco hacia la calle, porque el papá todavía no había vuelto.

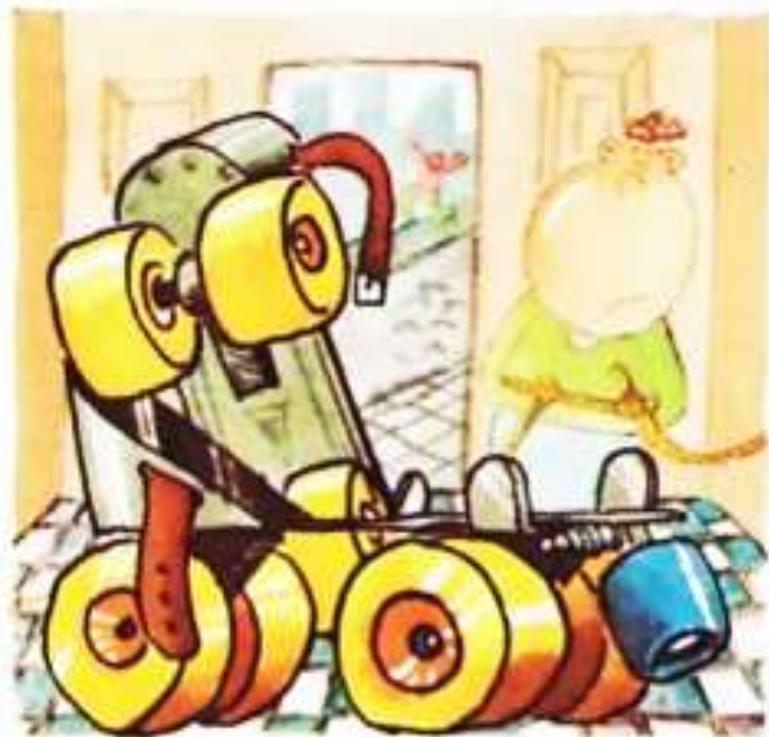
De un modo o de otro, los Delasoga se las arreglaban.

Aunque, claro, había cosas que no podían hacer. Por ejemplo: Juancho nunca había podido salir a dar una vuelta a la manzana con sus patines.

Y eso era bastante grave porque Juancho tenía un par de patines relucientes con rueditas amarillas.

Pero ¿qué sogá podía aguantar una vuelta a la manzana en dos patines?

A María le hubiese gustado ir a visitar a su amiga Encarnación, la de Barracas. Pero ¡qué esperanza! No se había inventado todavía una sogá tan resistente. Eso a María le daba un poco de pena porque era lindo charlar con Encarnación de tantas cosas.

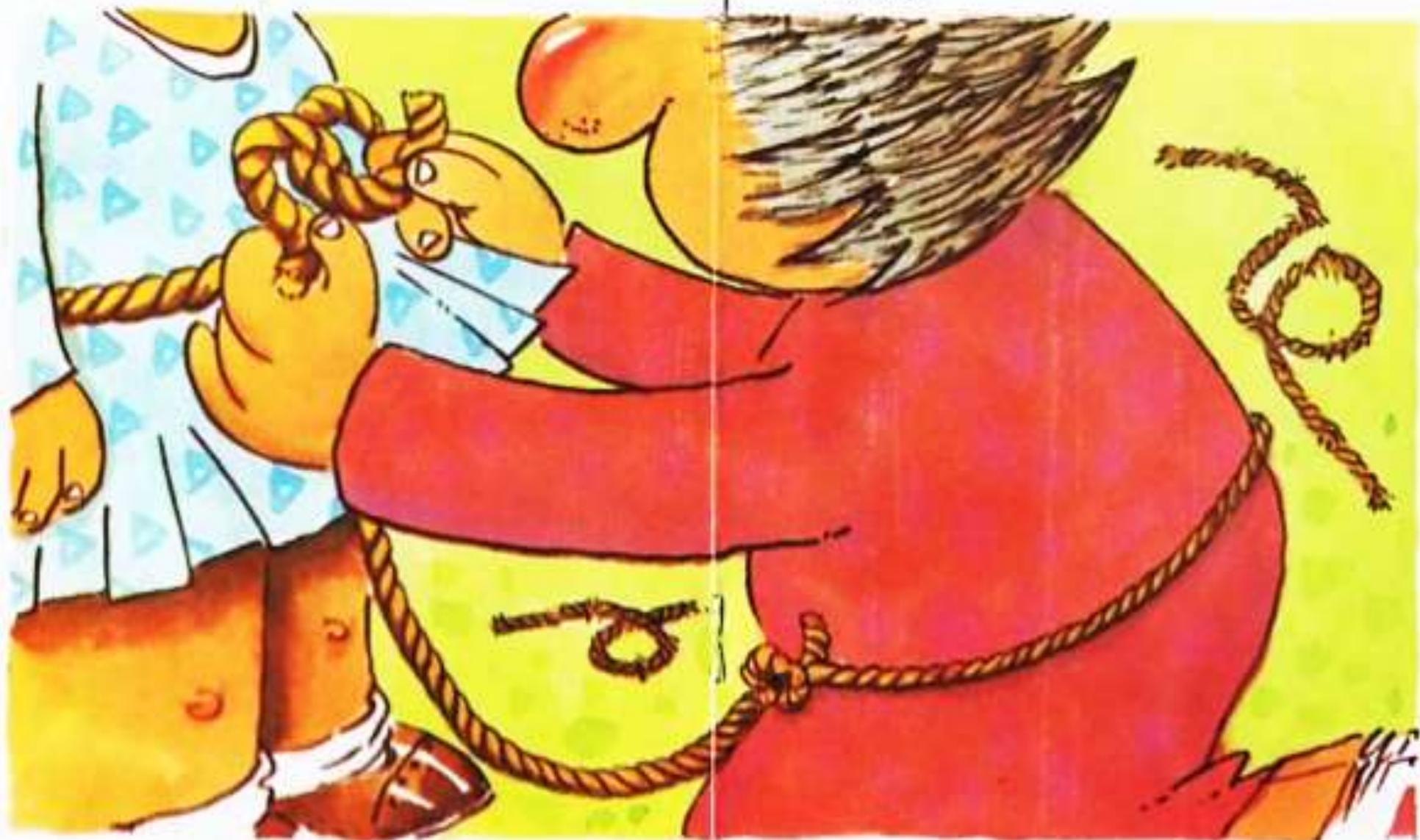


Y Juan también. A Juan le hubiera encantado ir a la cancha a cantar a lo loco un gol de Ferro. Pero no; no podía: la sogá no daba para tanto. Y eso a Juan, muy en secreto, le daba un poco de rabia.

Y Marita, para no ser menos, también tenía sus ganas: ganas de pasear solita hasta el quiosco. Sola, no, ahí estaban las sogas, las tres soguitas blancas, flexibles y resistentes.

Y así siempre. Por años. Cuando una soga se ponía vieja, deshilachada y roñosa, la cambiaban por otra nueva, blanca y flamante.

Los Delasoga ya habían gastado más de quince rollos de soga de la buena, y habrían gastado muchísimos rollos más de no haber sido por la tijera brillante.





Bueno, en realidad la tijera brillante siempre había estado allí, en el costurero, hundida entre botones y carretes. Pero nunca había brillado tanto como esa tarde. En una de esas porque era una tarde de sol brillante como una tijera.

Los Delasoga estaban, como siempre, atados.

María cosía un pantalón gris y aburrido.

Marita miraba como María cosía.

Juancho miraba como miraba Marita a María, que cosía.

Juan miraba a Juancho mirar a Marita, que miraba a María, que cosía.





Y la tijera brillaba.
Cada tanto María la agarraba y —tris tras— cortaba la tela.

Y, mientras cosía, miraba las soguitas enrolladas en montoncitos blancos sobre el piso.

En realidad María nunca había pensado mucho en las sogas. Ahora, de pronto, las miraba mejor, las miraba fijo, y se daba cuenta de que les tenía rabia.

Entonces sucedió, por fin, lo que tenía que suceder de una vez por todas. María agarró la tijera y —tris tras— no cortó el pantalón gris; cortó la sogá. Una sogá cualquiera, la que tenía más cerca. Y después otra sogá. La tercera y la cuarta las cortó Juan. Y Marita y Juancho cortaron una cada uno.



Las soguitas cortadas se cayeron al piso y se quedaron quietas.

¡Pobrecitos Delasoga! No estaban acostumbrados a vivir desatados. Al principio se asustaron muchísimo y casi casi salen corriendo a comprar otro rollo.

Pero después Juan dijo en voz baja:
—Casi casi . . . me iría a la cancha de Ferro, que hoy juega con River.



Y María dijo en voz alta:
—Casi casi . . . me iría a visitar a Encarnación, la de Barracas.

Y Juancho corrió a buscar los patines de las ruedas amarillas.

Y Marita dijo chau y se fue al quiosco del andén a elegirse dos revistas.



Esta vez los cuatro Delasoga pasaron cuatro tardes, todas distintas.

Se volvieron a encontrar a la nochecita. Estaban cansados, porque no era fácil andar solos y para cualquier lado.

Juan y María se abrazaron muy fuerte y se contaron cosas.

Juancho contó, mientras se desataba los patines, que en el barrio tenía un amigo que no se llamaba Juan, sino Bartolo.

Marita contó que, junto al quiosco del andén, siempre había campanillas azules y geranios rojos.

De la sogá no hablaron más. ¿Para qué iba a hablar de sogas una gente tan unida?

